



At los pies de la Alhambra

(2ª parte)

Glenn Keddin

“ Enamorarse de una mujer mora era algo que un cristiano cautivo no podía o no debía permitirse en el Reino de Granada...”

Capítulo 11

Zulaima y Mahmud decidieron que no debían contar a nadie su audiencia con el Rey, pues interceder por un cristiano era algo que las gentes del Albaicín no tomarían con agrado. Incluso podría suceder que Zulaima fuese apedreada y expulsada del barrio.

Diego y su amo, llegaron a las huertas sin novedad, y allí estaba Fernán para recibirlos, que salió corriendo de entre los granados para abrazar a su hijo.

Diego necesitó un par de días para reponerse completamente, física y moralmente, de todo lo ocurrido.

Pero en su pensamiento seguía estando Zulaima, la muchacha del Albaicín.

Pasaron dos largos años, durante los cuales, Diego se había hecho más hombre, curtido por las tareas del campo. Durante este tiempo había aprendido el idioma musulmán, pues se había visto obligado a ello, no sólo para comunicarse con su amo, sino para entenderse con los artesanos de Granada con quienes a menudo tenía que negociar y mercadear.

Una mañana de primavera, Diego tuvo que acercarse hasta Granada para herrar a una de las mulas de la hacienda. Hizo el camino andando para evitar el sufrimiento del animal, que ya tenía los cascos bastante deteriorados.

Después de herrar al animal, Diego se dió un pequeño paseo por el centro de Granada.

Llegó a una plaza llamada Bib Rambla, y a sus oídos llegó el soniquete de unas melodías árabes. Un grupo de danzarines ofrecía su arte a las gentes que se habían congregado en la plaza, y que iban tomando asiento en el suelo según iban llegando.

Diego avanzó hacia una esquina de la plaza, y sin soltar a su mula, se quedó contemplando la actuación.

Bellas danzarinas agitaban sus velos al aire de la mañana, mientras componían hermosas figuras con sus cuerpos. Al ritmo de la música, se contoneaban y movían sus finas caderas con una facilidad pasmosa.

Diego, sin quererlo, se fijó en una de las bailarinas en particular. Una cuyos ojos grandes y negros destacaban, a pesar de la ocultación del velo.

Diego conocía aquellos ojos, y mientras se daba cuenta de ello, su sangre empezaba a alborotarse en sus venas. Su corazón empezó a latir más fuerte, y su rostro se transfiguró. «No es posible» pensó, como tratando de negar lo que sus sentidos le decían.

Se frotó los ojos con ambas manos, y volvió a mirar a la bailarina. «No puedo creerlo». Se dijo a sí mismo. «Es ella».

Diego permaneció sin moverse del sitio en el que estaba, durante toda la actuación. Aplaudió incluso, contagiado por los demás espectadores, y la emoción pudo con él, derramando a su pesar dos gruesas lágrimas.

Terminada su actuación, los danzarines se retiraban ya de la plaza y empezaban a marcharse por una de las bocacalles que iba a dar a una gran Mezquita.

Diego les siguió a una prudente distancia. Zulaima unas veces iba encabezando el grupo, y otras, se quedaba rezagada, mientras hablaba y reía distraída con sus compañeras y compañeros.

Una de las bailarinas que iban al lado de Zulaima, reparó en la presencia de Diego, que las seguía a pie, mientras agarraba las riendas de la mula. La bailarina, después de lanzar una fugaz mirada a Diego, se acercó al oído de Zulaima, y le cuchicheó algo.

Zulaima se volvió para mirar hacia atrás, y entonces vió a Diego y se sonrojó.

Estaban llegando ya al Zoco, donde comenzaban las empinadas cuestas que comunicaban con el Albaicín.

Zulaima le dijo algo también a su compañera, y poco a poco, envuelta entre las gentes que abarrotaban el Zoco, se fue quedando atrás.

Ahora estaba ya a la altura de Diego. Ambos se miraron nerviosos y azorados. Zulaima torció de improviso sus pasos hacia la izquierda, y Diego atento a sus movimientos, la siguió.

Ella entró en una plazuela diminuta, por la cual atravesaba poca gente. La plazuela estaba pegada a una colina que ascendía súbitamente hacia el Albaicín. Unas escalerillas estrechas se abrían paso en la colina, zigzagueando hacia lo alto. A ambos lados, grupos de chumberas hacían equilibrios en la escarpada pendiente.

Zulaima se sentó en un poyo de la plazuela. Diego amarró su montura en un árbol cercano. Se sentó al lado de ella, como antaño había hecho allá en el Albaicín.

Diego fue el primero en hablar:

—Felices mis ojos, que vuelven otra vez a contemplarte, Zulaima.

—Siguiéndome, ponéis en peligro vuestra vida y la mía propia.

—Ese riesgo merece la pena, mi bella Zulaima.

—¿Acaso no fue para vos suficiente escarmiento, ser arrastrado hasta las mazmorras de La Alhambra?

—Con gusto volvería a ellas, agradecido como estoy con vuestra presencia.

—Bien se ve que sois temerario, Diego.

—Por vos sería capaz de cualquier cosa, mi bella Zulaima.

—Habéis de saber, Diego, que tuve que prometer no volver a veros, para salvaguardar mi vida y la de mi familia.

—¿A quién tuvisteis que prometer tal cosa?

—No puedo deciros más. Es mejor así.

—Sabed, Zulaima, que desde nuestro primer encuentro, no he dejado de pensar en vos.

—Yo tampoco he dejado de hacerlo, Diego. Pero sabéis tan bien como yo, que nuestro amor es un imposible. Es algo que no

puede llegar a buen fin, pues nuestras religiones son distintas. También distintas son nuestras costumbres, y las leyes que nos gobiernan.

—Sin embargo, Zulaima, ¿No creéis que el amor todo lo puede?

—Creo, que sois demasiado soñador. Demasiado optimista. Dejad vuestros sueños de amor, y despertad.

—No puedo renunciar así como así a vuestro amor.

—¿Y qué otra salida nos queda?. Decídmelo.

—He pensado...que vendré a buscaros. Os llevaré conmigo lejos de Granada, donde podamos vivir juntos, sin la amenaza de la muerte o de las mazmorras.

—Me estáis pidiendo que abandone a mi familia. Que abandone mi vida. ¿Acaso creéis que eso es tan fácil?

—Sé que no lo es, mi adorada Zulaima. Pero es la única solución que se me ocurre para que podamos estar juntos.

Zulaima se detuvo a pensar durante unos momentos. Tras los cuales dijo:

—Mi amado Diego, no puedo ocultar que yo también os amo. Y que he sufrido mucho por vos. Pero lo que me pedís, es cosa que requiere reflexión. Dejadme que lo piense. Dejadme valorar, si voy a ser capaz de abandonar a mi familia, para unirme a vos.

—Está bien, pensadlo pues. Pero decidme: ¿Cuándo y cómo sabré yo vuestra decisión?

—Pasado mañana tendremos una nueva actuación en Granada. En el mismo sitio que hoy. Acudid allí por la mañana. Si me véis ataviada con un lazo rojo prendido a la cintura, será señal de que desde ese mismo momento estaré dispuesta para vos. En caso contrario, será mejor que no intentéis volver a verme.

—Pero, pero...—balbuceó Diego— ¿Partiréis conmigo en ese momento?

—Sí. A esa hora, es tan grande la actividad en Granada, que podremos pasar más desapercibidos, y tendremos más posibilidades de burlar la vigilancia de los soldados del Rey.

—Veo, mi hermosa Zulaima, que aparte de bella, sois inteligente.

—La necesidad de sobrevivir aquí, así lo requiere.

—Bien, amada mía, lo tendré todo dispuesto para pasado mañana.

—Pero no os hagáis demasiadas ilusiones. Ya os he dicho que tengo que pensarlo muy bien. Y decidirme a ello, va a ser difícil.

—¡Dios quiera que os decidáis a venir conmigo! Rezaré por ello a Dios nuestro Señor.

—Debemos separarnos ya, Diego. De lo contrario, en el Albaicín empezarán a echarme de menos.

—Adiós pues, mi bella dama. Mi adorada Zulaima. Permitidme besar vuestra mano.

—Estáis loco. ¿No comprendéis que cualquiera que pase puede vernos?

—Está bien. Está bien. Reprimiré mis deseos, mi bella Zulaima.

Diego se dirigió hacia su montura, mientras Zulaima desandaba el camino, para mezclarse de nuevo con el gentío del Zoco.

Capítulo 12

Diego se alejó de Granada, montado a lomos de la mula recién herrada. Llevaba el corazón contento, pensando en que, «Dios lo quisiera», Zulaima accedería a huir con él del Reino de Granada.

Iba pensando también, en cómo decirle a su amo, que necesitaría una mula para marcharse de la hacienda. Sabía que el amo le había tomado bastante estima, y que no se negaría a cedérsela. También confiaba, en que el amo no denunciaría su partida, ni le delataría.

Pero lo peor de todo era, cómo dejar a su padre. Abandonarlo allí en las huertas, para seguramente no volver a verlo jamás. Este pensamiento le dolía muchísimo y notó cómo su pecho se acongojaba.

Con quien primero habló fue con su padre:

—Padre, posiblemente pasado mañana me despidiré de vos...

—¿Co...Cómo dices, hijo mío?

—Sí, padre. Mi estancia en las mazmorras de Palacio no fue en balde. Mi amada, Zulaima, a quien ví esta mañana, accederá a unirse a mí y ambos huiremos de estas tierras.

—Pero...Diego, ¿Te has vuelto loco? ¿Has caído de la mula por el camino? ¿Te has golpeado la cabeza? Si es así, iremos a ver a un médico enseguida...

—No padre, ni me he caído, ni estoy loco. Os digo y os repito que pasado mañana abandonaré las huertas.

—No puedes estar en tus cabales. Hablas de dejar las huertas; por consiguiente hablas también de dejarme a mí. ¿Acaso no te importa abandonar a tu propio padre?

—Eso es lo que más me duele, padre: Tener que dejaros aquí. Creedme que es así.

—¿Pero...has pensado de qué váis a vivir, tú y esa mora que te ha trastornado la cabeza?

—Eso es algo que resolveremos ella y yo sobre la marcha.

—¿Y has pensado que los soldados del Rey pueden deteneros y encarcelaros a los dos?

—Ese es un riesgo que tenemos que correr...

—¿Y cómo vais a partir, a pie?

—No padre. Tengo pensado pedirle al amo una de sus mulas.

—¡Bien digo yo, que no estás en tus cabales! ¿Acaso no sabes lo que significaría para el amo deshacerse de una de sus mulas?

—El amo me aprecia, padre. Confío en que accederá a mi petición.

—Yo no estaría tan seguro, Diego.

—Esta noche hablaré con él.

Entrada ya la noche, el amo había regresado de visitar sus numerosas tierras que se extendían por un vasto espacio de La Vega. Diego llamó a la puerta de la mansión donde el amo vivía, la cual estaba aneja a las cuadras donde dormían Diego y su padre.

El amo abrió la puerta:

—Eres tú Diego. Hazme el favor de dar agua a mi caballo y acomódalo en la cuadra.

—Lo haré mi amo. Pero antes, desearía tratar un asunto con vos.

—¿De qué se trata?

—Pasado mañana tengo pensado dejar Granada, y necesito una mula para el viaje. Quizá vos...mi amo, podríais dejarme una de las vuestras...

—Ja, Ja, Ja, Ja. —el amo echó mano a su estómago que le empezaba a doler, de tanta risa.

—¡Dejarte una mula! ¡Y para salir de Granada!

—¿Acaso Diego has conocido a otra atractiva mora, como la de hace dos años?

—No, mi amo, es la misma de entonces.

Esta vez el amo, tuvo que sujetarse a la mesa del comedor, para no caer al suelo a causa de la risa.

—Basta ya, Diego, o acabarás conmigo de una hernia. ¿Será que estás hablando en serio?

—Muy en serio, mi amo. Pasado mañana ella y yo partiremos hacia el norte abandonando Granada.

El amo, un poco repuesto ya de la risa, se encaró con Diego:

—Muchacho, te dejaría la mula que me pides. No tengo inconveniente en eso. Pero no sé si te das cuenta de cómo está la situación en Granada. Las puertas de la muralla están firmemente vigiladas noche y día. Más allá de ellas, cientos de soldados recorren los campos. El Rey teme una invasión cristiana.

Tú y tu amada no llegaríais muy lejos, te lo aseguro Diego.

—Amo, vos dejadme esa mula. Del resto me encargo yo.

—Diego, sabes que te he tomado aprecio después de tantos años a mi servicio. Me duele ver como te encaminas hacia la muerte, muchacho. ¿Ya se lo has dicho a tu padre?

—Sí, ya lo sabe.

—Sólo me queda por decir ésto: Piénsalo un poco más. Piensa en tu vida y en la de esa mujer. Piensa en tu padre. Piénsalo bien, Diego.

—Está todo pensado, mi amo.

Capítulo 13

Zulaima había estado pensando en la propuesta de Diego de huir juntos de Granada. Pero no necesitó pensarlo demasiado. Su corazón le decía que sí; su cabeza le decía que no. Pero tenía claro que oiría a su corazón.

Ella, al contrario que Diego, no pensaba advertir de su marcha a sus padres, pues de otro modo no la dejarían marchar. Incluso serían capaces de hacer que la detuvieran las autoridades, para impedir que se fuera. Sin embargo, su dolor al dejar a su familia era muy intenso. Les observó durante la cena, guardando para sí las lágrimas que trataban de aflorar a su rostro.

Contemplaba a su padre, Hamed, un padre bueno y cariñoso que siempre tuvo predilección por ella.

Contemplaba a su madre, Haliya, que se desvelaba por ella, tratando de apartarla de los malos caminos...

Contemplaba también a sus hermanos, Rashid y Alí, que se quedarían sin su hermana, la que les ayudaba a vestirse y asearse. La que les reprendía cuando se pasaban de la raya.

Tendría que dejar todo aquello, a cambio de un futuro incierto.

Al día siguiente, Zulaima ensayó por última vez con sus compañeros de baile. Se aseguró de que nadie más que ella, llevase al día siguiente un lazo rojo prendido a la cintura.

El ensayo para ella fue triste, pues sabía que no volvería a ver a sus compañeros y compañeras. Pero trató de que no se le notase la tristeza, pues nadie debía saber nada respecto a sus planes del día siguiente.

Por la noche, apenas pudo dormir, pensando en Diego, pensando en el viaje. Pensando en su familia.

La cabeza le daba vueltas, muchas vueltas...

Capítulo 14

En la Plaza Bib Rambla, todo eran aplausos y vítores para los bailarines. La mañana era radiante. Vendedores ambulantes ofrecían ramos de flores, y al pasar, dejaban el aire impregnado de deliciosos aromas.

Allí estaba Zulaima, derrochando arte con su baile, agitando el lazo rojo prendido a la cintura. Mientras bailaba, su mirada escrutaba entre las gentes, por si Diego aparecía ya en la Plaza.

Nada veía de momento; ninguna señal de Diego. Siguió bailando como si nada pasara, pero estaba nerviosa y preocupada.

El baile terminó. Las gentes fueron desalojando la Plaza. El grupo de baile se retiraba ya, calle arriba. Zulaima no dejaba de volver la vista atrás.

Al cabo de un rato, vió una mula que venía a cierta distancia. De momento no distinguió a Diego. Se quedó rezagada.

Sí, era él.

Diego, al darse cuenta de que ella ya le había visto, se detuvo, y después se metió en una callejuela transversal.

Zulaima, dejó que su grupo avanzara camino del Albaicín.

Envuelta entre el gentío, retrocedió hasta que llegó junto a él.

Ambos caminaron en paralelo. Diego le dijo con discrección:

—Será mejor que salgáis vos de Granada sola. Yo iré detrás de vos. De este modo nadie sospechará de nosotros.

—Sí, es lo mejor. —Dijo Zulaima.

Ella avanzó por una larga calle, al final de la cual había una puerta: la puerta de la muralla o Puerta Elvira.

Caminó aparentando seguridad, traspasó la puerta sin problemas, mientras las miradas de los soldados la seguían.

Caminó un buen rato, hasta que se hubo alejado suficientemente de la muralla.

Mientras tanto, Diego, con atuendo musulmán, caminaba entre las gentes, asiendo las riendas de la mula con la mano derecha.

Al llegar a Puerta Elvira, un soldado le detuvo:

—¿A dónde te diriges ciudadano?

—Vuelvo a Maracena, donde vivo.

—¿Qué asuntos te han traído a Granada?

—Vine a ver a mi médico Abdulah, a causa de unos dolores fuertes de muelas.

—¿Y ya estás curado?

—El dolor se ha calmado. Mi médico me sacó una muela y después me administró un bálsamo.

—Está bien. Puedes seguir.

—Gracias, soldado.

Caminó a pie todavía durante un trecho, y después subió a la mula. A lo lejos vió a Zulaima, de pie, junto a una fuente.

Al llegar junto a ella, se apeó de la mula, y la ayudó a subir.

Sin hablarse, poco a poco se fueron alejando de Granada.

Capítulo 15

A medida que se alejaban, se iban sintiendo más seguros, a pesar de que de vez en cuando se cruzaban con grupos de soldados.

Viajaban aprovechando lo más posible las veredas de los ríos, donde el terreno era más practicable, y el agua estaba asegurada.

Junto a un remanso se detuvieron, para que la mula descansara y bebiera agua.

También ellos bebieron, y se refrescaron el rostro.

Diego, mientras Zulaima se refrescaba, la cogió por la cintura. Ella se volvió y ambos se enredaron en un largo y dulce beso. Las mariposas revoloteaban a su alrededor.

Al llegar la hora de la comida, después de haber recorrido varias leguas, se detuvieron junto a un bosquecillo de pinos, que les proporcionaba una espléndida sombra.

Diego sacó de su zurrón chorizo, tocino y pan, y una bota de vino. Se lo ofreció a Zulaima, pero ella se negó a comer:

—Los musulmanes tenemos prohibido comer las carnes del cerdo.

Diego, cogido por sorpresa, se apesadumbró:

—Entonces...¿qué váis a comer? No podréis continuar si no coméis.

Ella, ante la insistencia repuso:

—Comeré algo de pan untado en vino. Con eso será suficiente.

Al terminar la comida, satisfecho su estómago como estaba, se recostaron juntos al pie de una peña. Habían comido sí, pero su hambre de amor no estaba saciada.

Diego acarició a Zulaima sin prisa, notando cómo ella se dejaba hacer. La apretó contra él pasándole sus fuertes brazos por detrás de la espalda. Ella parecía reblandecerse y enpequeñecer bajo aquél abrazo. Se unieron sus bocas al fin, con un loco frenesí. Ella se dejó tumbar en el mullido musgo. Él separó poco a poco sus ropas y las de ella, y sus cuerpos entraron en un delicioso y cálido contacto. El deseo que anidaba en ellos se desbocó y ambos se agitaron hasta la extenuación.

La tarde transcurría plácida y serena. El camino junto al río les llevaba por agrestes desfiladeros que parecían amenazar con caer sobre ellos. Las cabras monteses mordisqueaban la hierba en lo alto de los riscos.

Poco a poco, el sol iba cayendo y se formaban amplias sombras en torno al río. Diego dijo:

—Pronto se hará de noche. Hemos de buscar un buen refugio donde guarecernos. Además tengo que ir a cazar algo para la cena.

Un poco más adelante, encontraron un hueco, similar a una cueva, que se encontraba a los pies del desfiladero. La cueva estaba seca y era confortable. Diego ató la mula en unos arbustos cercanos, y se alejó con la esperanza de cazar alguna pieza.

Mientras tanto, Zulaima se puso a recoger leña para el fuego.

No pudo evitar pensar en su familia, que a estas horas habría denunciado su desaparición a las autoridades de La Alhambra.

Se entristeció pensando en cómo sus padres y hermanos estarían sufriendo por ella. Mientras se agachaba para arrancar unas ramas, las lágrimas de sus ojos la cegaban.

A Diego se le daba bien la caza, y no tardó en atrapar una hermosa liebre, no muy lejos de la cueva.

Cuando regresó, Zulaima ya tenía juntado un buen montón de leña. Diego desolló la liebre, la abrió con su navaja para quitarle las tripas, y en poco tiempo, la liebre estaba ya asándose y desprendiendo un rico aroma.

Mientras cenaban, Zulaima desgranaba ante Diego su angustia por sus padres. El temor por la denuncia ante las autoridades. Seguramente ya habrían salido en su busca, y probablemente toda Granada estaría ya enterada de su desaparición.

Diego, que sabía perfectamente que los temores de ella eran muy ciertos, le dijo:

—Mañana tendremos que dejar la vereda del río, y caminar por la montaña. De esta forma es más difícil que nos encuentren y nos apresen.

Ella le miró, pero no dijo nada. Confiaba en Diego. Haría lo que él dijera.

Terminaron la cena mientras las estrellas poco a poco iban apareciendo en el cielo. Dejaron el fuego encendido y se acomodaron en la cueva. Otro fuego se avivaba, pero ahora, era el fuego de la pasión que tenían dentro.

Tumbados sobre una manta, se desnudaron uno al otro y el fuego de la hoguera se reflejó sobre los pechos de ella. Él

aproximó sus labios ansiosos a los pezones grandes y oscuros. Ella se estiró y gimió y su gemido hizo eco entorno a la cueva.

Arrebatada por el deseo, se dejó caer, mientras entreabría sus piernas. Él, preso de la locura la embistió con su erguido y duro miembro. Ambos se sumieron en el ardor del clímax, mientras las llamas, allí fuera, lanzaban luminosos destellos.

Capítulo 16

Con las primeras luces de la mañana, cuadrillas de soldados en misión de búsqueda, cabalgaban en las cuatro direcciones de la rosa de los vientos. La misión consistía en apresar a Zulaima, y dar muerte en el sitio, a quienes la hubiesen capturado.

Diego y Zulaima, ya en pie, se aventuraban por los altos riscos a lomos de su mula. De cuando en cuando tenían que apearse y seguir a pie, pues había pasos en los que corrían el riesgo de despeñarse ladera abajo.

No faltaba mucho, según los cálculos de Diego, para llegar hasta la zona cristiana, en la cual, se encontrarían a salvo.

Mientras tanto, la cuadrilla de soldados que había sido destinada a la búsqueda por el norte, había tenido noticias por los viajeros que recorrían aquella zona, de que una pareja joven que viajaba a lomos de una mula, se había cruzado con ellos.

La cuadrilla descubrió la cueva, donde Diego y Zulaima habían pasado la noche. Los soldados ya estaban tras sus pasos.

Al doblar una loma, Diego divisó en la distancia algo que se movía al viento. Era algo de color rojizo. A medida que avanzaban, aquello que se movía, no lo hacía sólo en un sitio: destellos rojizos aparecieron coronando toda una montaña.

Diego le dijo a Zulaima:

—Parecen pendones. Pendones rojos. ¿Serán las huestes cristianas?

—¡Ojalá sea así! —dijo Zulaima azorada.

Trataron de azuzar a la mula, pero ésta se resistía a cambiar su ritmo de marcha.

La cuadrilla del Rey Moro, que había divisado nubes de polvo en lo alto de una colina, abandonó el curso del río y comenzó a ascender monte arriba.

Diego y Zulaima, sin apenas creerlo, distinguieron a lo lejos, el humo que salía de un gran campamento. Altos estandartes rojos, con una gran cruz en el medio, estaban clavados en las partes más altas del campamento. Tuvieron que detenerse, al verse cegados por el sol reflejado en las armaduras de los guerreros.

La cuadrilla mora, que distinguía ahora perfectamente a una pareja montada, recortándose sobre el cielo azul, espoleó duramente a los caballos. Cuando llegaron a lo alto de la loma, no sólo vieron a la pareja sobre su mula, sino que se quedaron perplejos al ver ante sus ojos los pendones cristianos batidos por

el viento. Tiraron de las riendas para frenar sus caballos, y conscientes de su fracaso, volvieron sobre sus pasos.

Diego se apeó de la mula, levantó los brazos y gritó lo más fuerte que pudo:

—¡Soy cristiano! ¡Soy cristiano!

En aquel momento, varios arqueros le estaban ya apuntando. Al oír sus gritos, varios soldados a pie se le aproximaron:

—¿Quién sois viajero?

—Soy cristiano cautivo. Vengo huyendo de Granada. Mi nombre es Diego. Ella es mi mujer.

—¿Tu mujer?...Esa mujer es mora. ¿Tratáis de engañarnos?

—No, por el amor de Dios. Es mi mujer. Es cierto que es mora...Bueno... lo era. Ahora ya no. Se ha unido a mí. Ha abandonado a su familia para unirse a mí, ¡a un cristiano!

Zulaima bajó de la mula lentamente. Se dirigió al soldado:

—Lo que dice Diego es cierto. —Para afirmar lo que decía, a sabiendas de que el soldado no la entendía, se arrodilló junto a Diego y rodeó sus piernas con ambos brazos.

El soldado miró a ambos con expresión perpleja. Desde atrás, en el campamento, otro soldado dijo:

—Compañero, ve a informar de todo esto. Nosotros nos encargaremos de ellos.

Zulaima y Diego, fueron conducidos a una tienda, en la que no había nadie. Les ofrecieron comida y bebida.

Otro soldado se llevó la mula a la tienda que hacía las veces de caballeriza.

Capítulo 17

Una vez se hubieron repuesto del cansancio del viaje, Diego y Zulaima comparecieron ante el jefe de las huestes cristianas. Éste les recibió en una lujosa tienda, en la cual se encontraban también varios altos cargos militares. El jefe cristiano se dirigió a Diego:

—De modo que...según me han informado, sois un cristiano cautivo huído de Granada.

—Así es Mi Señor.

—Y...me dicen también que os acompaña una mujer mora.¿Es ésto cierto?

—Sí, Mi Señor. La he tomado por esposa.

—Supongo que sabéis, cristiano, que no podéis tomar como esposa, a una mujer que no pertenece a nuestra religión católica.

—Lo sé, Mi Señor, pero ella está dispuesta a abrazar el cristianismo.

El jefe cristiano dirigió la mirada hacia Zulaima. Ella entonces inclinó su cabeza, dirigiendo su mirada hacia el suelo.

El jefe continuó:

—Antes de salir de este campamento, ambos seréis unidos en matrimonio según nuestra doctrina católica. Si os negáis a ello, ambos seréis condenados a morir en la horca. ¿Qué decís a ésto cristiano?

—Mi Señor...estamos dispuestos a recibir el matrimonio.

—Bien, mañana por la mañana entonces, será vuestra boda. El abate Guillermo, que permanece junto a nos en esta campaña, presidirá la ceremonia.

—Os estamos muy agradecidos, Mi Señor.

—No esperéis que sea una gran ceremonia. No podemos permitirnos el lujo de perder mucho tiempo con estas cosas. Estamos pendientes de recibir la orden de marchar sobre Granada. Bien, éso es todo. Podéis retiraros.

Diego y Zulaima pasaron la noche en la misma tienda, pero en jergones separados. Se había dispuesto que a la entrada de la misma hicieran guardia dos centinelas.

Al día siguiente, en solemne ceremonia fueron desposados ante el abate Guillermo. Tras la misma, los recién casados recogieron sus pertenencias, y montados en su inseparable mula, se alejaron del campamento.

La feliz pareja, se asentó a los pies de Sierra Mágina, donde fueron bien acogidos en un humilde pueblecito, cuyos habitantes les ayudaron a construir una vivienda, mientras Diego ayudaba a sus convecinos en las labores del campo.

FIN